



IN MEMORIAM

ÍNDICE

- | | | | |
|-----------|--|-----------|--|
| 3 | Presentación | 18 | Delia Pezzat Arzave
Toda una vida de dedicación, lucha y entrega |
| 4 | Fidencio García Pérez
Vocación y servicio por la memoria de Salamanca | 21 | Estela Galicia Domínguez
Un libro no cambia por el hecho de que no cambia mientras el mundo cambia |
| 6 | María Teresa Gamboa
Las voces del pasado nos hablan en el presente | 23 | Pedro Ángel Palou Pérez
Un ícono de la cultura en Puebla |
| 8 | Ignacio Osorio Romero
El equilibrio entre la pasión y el hecho | 25 | Margarita Peña Muñoz
Permanentes hallazgos |
| 10 | Alicia Puente Lutteroth
Iniciativa que continúa | 28 | Francisco Toledo
Defensor del Patrimonio de Oaxaca |
| 12 | Liborio Villagómez Guzmán
Generosidad y desinterés por compartir conocimientos | 31 | Elisa Vargaslugo
1923-2020 |
| 15 | Luis Ávila Blancas
Promotor de la cultura, el arte y la literatura | 34 | Jorge Garibay Álvarez
1935-2020 / Obra escrita |

PRESENTACIÓN

Si rememorar el pasado es hacerlo nuestro y asumirlo en nuestras vidas, cuánto más será tener presente a través de este recorrido *In Memoriam* a quienes tuvimos muy cerca de ADABI para la realización de proyectos, -tanto con instituciones universitarias, archivos públicos, privados y eclesiásticos, bibliotecas conventuales, de seminarios y colegios de siglos pasados, museos-y colaboradores para quienes el patrimonio documental y su conservación fue preocupación fundamental en su vida y profesión y encaminaron sus pasos desde los distintos espacios académicos y culturales hacia tareas, denuncias, apoyos y trabajo personal de muchos de ellos en sus instituciones dirigidos a alcanzar este objetivo. Cada uno de ellos fue para nosotros un verdadero apoyo como consejeros, responsables de proyectos de una manera directa, maestros comprometidos ante sus alumnos a quienes deseaban comunicar y transmitir su vocación por la conservación de un patrimonio escrito. Fuimos magníficos y buenos aliados en no solo alzar la voz ante autoridades por la conservación de la memoria a toda costa, también se volvieron destacados amigos de nuestra asociación, haciéndonos siempre sentir su respeto y admiración por nuestros logros, que eran también los suyos.

Unos más cercanos que otros dada su vinculación con ADABI y la personalidad que los identificaba como amigos y colaboradores muy queridos. El recuerdo y la obra desarrollada y descrita brevemente, de cada uno de ellos y ellas, corresponde a vidas entregadas a su vocación de formación a las generaciones siguientes, así como su visión transformadora del presente por un México identificado con sus raíces culturales que lo hace grande y sustenta gran parte de nuestras vidas.

Junto a ellos hay otros muchos anónimos que igualmente reconocemos como compañeros de este sueño que es ADABI, que ya han partido y que tuvieron destacada vinculación con nosotros y que también los tenemos siempre presentes.

En los frutos obtenidos recordemos su presencia admirable en el desempeño de su trayectoria, en muchas ocasiones unida a la nuestra. Cumplieron con la vida y con la patria.

Dra. Stella María González Cicero
Directora general de ADABI



FIDENCIO GARCÍA PÉREZ

Espiridión Contreras

Vocación y servicio por la memoria de Salamanca

El 2 de diciembre de 2010, dejó de existir el Profesor Fidencio García Pérez quien fuera en una época director del Archivo Histórico de Salamanca y en últimas fechas auxiliar y encargado del mismo, sin pretender hacer una biografía acerca de su vida, lo siguiente, en suma, es un recuento en pocas líneas de lo que la historia de nuestra ciudad, y los historiadores oriundos de la misma le debemos sin duda.

Originario del municipio de Yuriria, donde nació hace aproximadamente 70 años, muy joven se interesó por el aspecto educativo, coincidiendo esto con uno de los tantos momentos en que el estado de Guanajuato necesitó de profesores para zonas de difícil acceso, como las de la Sierra. Egresó de la Escuela Normal y se dedicó por varios años a la docencia en puntos alejados de su tierra; su labor

como maestro lo llevó a ocupar en algún momento la dirección de una escuela rural. También estuvo inscrito en la carrera de historia en la ciudad de Morelia, fue allí donde empezó a delinearse una importante parte de su gusto por la materia. Cuando llegó a Salamanca, se convirtió en trabajador de su industria, y es durante ese momento, en que paralelamente y de manera fortuita, llegó a enrolarse seriamente en una actividad de suma importancia para nuestra ciudad, el rescate de nuestra identidad.

A principios de 1980, como ya se mencionó, el profesor García comenzó la ardua tarea de rescatar el archivo histórico de nuestro municipio. La labor de recoger la numerosa documentación le llevaría un importante lapso de 20 años para ser preciso.

En 2008, nuevamente ante la invitación de la actual administración, se reintegró al trabajo de rescate, con el objetivo de lograr el inventario del archivo, que vería concluido el 20 de octubre de 2010, cumpliendo así un sueño que despertó hace treinta años.

Entregar toda una vida por el rescate de un archivo, y más siendo originario de otro lugar como era su caso, hace más justo y necesario el reconocimiento hacia su persona, a su sincera vocación y servicio.

Para quienes tuvimos oportunidad de conocerle y laborar con él, nos queda el recuerdo, la gratitud, la amistad y el amor por el valor de nuestro pasado escrito.



MARÍA TERESA GAMBOA

Fuente: El Universal

Las voces del pasado nos
hablan en el presente

Originaria de Mérida, Yucatán, vivió prácticamente toda su vida en Chetumal, donde fungió como directora del Archivo Histórico de Quintana Roo; es reconocida como una historiadora que luchó durante 30 años por conservar la memoria histórica.

Falleció el 2 de marzo de 2011 en la ciudad de Mérida, Yucatán a los 69 años.

“Tere”, como le decíamos de cariño los amigos y amigas, decía que las voces del pasado nos hablan en el presente y nos ayudan a entender y conservar la historia de un pueblo”.

El rescate del archivo histórico lo logró más que con recursos económicos, con su empeño de poner a salvo cualquier página de la historia del estado, se enfrentó a algunos gobernadores que no entendían el valor de este trabajo.

A Tere le llamaron en una ocasión de las cooperativas pesqueras para decirle que estaban muchos documentos tirados en la basura y hasta ahí se trasladaba y rescataba archivos completos de la historia de estos pueblos.

Formó archivistas jóvenes que saben el sentido y la importancia de salvaguardar esta información, preocupada por el rescate y preservación documental, se ocupó en capacitar al personal del archivo dándoles las herramientas necesarias para llevar a cabo tan ardua labor. Logró ampliar la capacidad del acervo bibliográfico del archivo histórico de Quintana Roo, el cual constituye una valiosa herramienta para el trabajo de investigación y la integración de la memoria histórica de la entidad.

Gracias a su gestión, el archivo actualmente cuenta con equipo y recursos humanos de alta calificación que permiten orientar las acciones de estos trabajos y una capacitación permanente hacia todas las dependencias del estado para el manejo adecuado de la documentación que se genera durante la actual administración.

Realizó convenios de intercambio de información, cursos y mantenimiento de los espacios con el Archivo General de la Nación. Tere mantuvo una estrecha relación con ADABI, gracias a su entusiasmo y preocupación se estableció un taller de restauración en el archivo, se apoyaron proyectos de clasificación e inventario de los fondos históricos, se publicaron dos instrumentos de consulta como el *Inventario del Archivo General del Estado de Quintana Roo*, y el *Inventario del Fondo Federación de Cooperativas de Quintana Roo*.



IGNACIO OSORIO ROMERO

Elvia Carreño

El equilibrio entre la pasión y el hecho

Hace veinte años el Dr. José Sarukán, entonces rector de la UNAM, pronunció estas palabras en el homenaje luctuoso del Dr. Ignacio Osorio. Quizá, sin quererlo, fueron proféticas, pues hasta hoy, su libro *Historia de las bibliotecas novohispanas* es la obra más citada en todo trabajo, tanto a nivel nacional como internacional, que trate sobre el libro, las bibliotecas y la lectura en el México Colonial. Las posibles causas son: el riguroso método, la veracidad en las fuentes, el desarrollo y la fundamentación debidamente trabajados, pues cada capítulo da pie a una nueva investigación.

El doctor Osorio es claro ejemplo de la tenacidad, dedicación y perseverancia en los estudios del latín, las letras clásicas y la cultura novohispana, pasiones intelectuales de las cuales nos dejó un legado, mostrando que en los textos novohispanos, sean de carácter legal, jurídico,

literario y popular, al igual que en los poemas guadalupanos está el embrión de la nacionalidad mexicana.

La revaloración crítica de la cultura novohispana fue uno de sus empeños y herencia que ha dado a sus lectores en cada una de sus obras. Cabe señalar que en sus textos se halla sabiduría y un filón de investigación.

Ignacio Osorio fue catedrático de diversas universidades del país y extranjeras, así como director de la Biblioteca Nacional y del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, a través de cuyos cargos logró que México participara en el proyecto ABINIA (Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica), iniciando con ello la catalogación de los libros antiguos de la Biblioteca Nacional de México y acervos universitarios, el rescate bibliográfico y documental colonial mexicano, la elaboración de catálogos cronológicos, el estudio de temas específicos en torno a la cultura novohispana que dieron origen a la *Biblioteca jurídica latina-mexicana*, al Encuentro de Investigadores del Pensamiento Novohispano y a la creación de la *Biblioteca philosophica latina-mexicana*; varios de estos proyectos hasta ahora continúan.

Impulsó a retomar su anhelo por rescatar, y mostrar a todo el mundo la riqueza de nuestros fondos antiguos, proyecto que ADABI de México cristalizó con el “Banco de Datos de Fondos Bibliográficos Antiguos”. De igual manera, motivó la creación de catálogos comentados de acervos fundamentales para el país, con los cuales se creó el puente entre el público en general y los acervos novohispanos.

Y esto se ha realizado, a veinte años de su muerte, porque los intereses, estudios y pasiones del doctor Osorio son un ancla para valorar la cultura novohispana; pero también, una nave que abre caminos para fundamentar nuestra identidad nacional. Por ello, hoy lo recordamos y le rendimos un homenaje, *ex toto corde*.



ALICIA PUENTE LUTTEROTH

Priscila Saucedo

Iniciativa que continúa

Originaria del municipio de Villanueva, Zacatecas, lugar que María Alicia Puente Lutteroth describe como una “linda ciudad con rostro de cantera y corazón de plata”. Doctora en Antropología Social por el CIESAS, realizó una especialidad en Sociología de la Religión en Bélgica en la UCL, maestra en Sociología por la UIA y licenciada en Químico Fármaco Biólogo por la UNAM, 1959.

Fue profesora-investigadora de tiempo completo de la Facultad de Humanidades de la UAEM, profesora y miembro del padrón de tutores en los posgrados de Historia y Estudios Latinoamericanos en la FFyL de la UNAM, miembro del SNI, investigadora de la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina, participante en la Asociación Latinoamericana de Estudios sobre las Religiones, entre otros.

Alicia Puente Lutteroth no imaginaba lo que sucedería cuando elaboró el proyecto para el rescate, organización

e inventario de archivos municipales y parroquiales del estado de Morelos, en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Solicitando apoyo para esta ardua tarea llegó hasta ADABI, donde dio a conocer la necesidad de una colaboración universitaria y académica, en la que bajo su coordinación alumnos de la facultad, tuvieran contacto con los archivos. ADABI de México apoyó su iniciativa. En el año 2007, Alicia Puente Lutteroth y Jaime García Mendoza coordinaron una práctica con los estudiantes de la UAEM en la que se realizó el rescate e inventario del Archivo Parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe, El Sagrario. Labor que dio pie a muchos otros rescates y que a la fecha se continúa realizando. Por el momento se han rescatado 14 fondos parroquiales y cinco municipales.

Escribió, coordinó y publicó un gran número de prólogos, artículos e inventarios de diversos archivos parroquiales.

Gracias a su esfuerzo logró crear una conciencia archivística en profesionistas de la Licenciatura en Historia de la UAEM y transmitir a los jóvenes estudiantes el interés por el rescate de los archivos, patrimonio cultural, fuentes fundamentales para el estudio e investigaciones históricas. Prueba de ello, es que a raíz del proyecto los alumnos han elaborado innumerables tesis, haciendo uso de los inventarios como herramientas de consulta para realizar investigaciones. Descanse en paz Alicia Puente Lutteroth.



LIBORIO VILLAGÓMEZ GUZMÁN

Iván Escamilla

Generosidad y
desinterés por compartir
conocimientos

El 1 de julio de 2014 falleció don Liborio Villagómez, bibliotecario de la Academia Mexicana de la Lengua. Su nombre tal vez no resulte familiar para muchos jóvenes estudiantes de historia, ni para el público en general, pero Liborio Villagómez fue uno de los más grandes bibliotecarios y bibliófilos que ha tenido nuestro país. Alguien que, sin contar con la preparación académica formal de que muchos fatuamente presumen, supo como pocos dejar su huella en la historia de libro, la imprenta y las bibliotecas en México. Yo conocí a Liborio hace 20 años, cuando se desempeñaba como jefe del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional y yo empezaba allí, junto con otros compañeros de la carrera, mi servicio social en lo que constituía mi primer acercamiento a la “materia prima” de la historia. Aquella terminaría por ser

una de las más fructíferas experiencias de mi formación como historiador, y en ello la participación de Liborio fue fundamental. En él tuvimos a un maestro y guía que a la par que transmitía su conocimiento, sabía contagiar su curiosidad y amor por los impresos y manuscritos antiguos que constituyen el maravilloso tesoro del Fondo Reservado de nuestra Biblioteca Nacional de México, la única y verdadera desde su creación, en 1867, por Benito Juárez. Cuando se dijo que carecíamos de una, recuerdo cuán grande era la indignación de Liborio por este triste incidente, él un gran defensor de la Biblioteca Nacional y de su patrimonio, desde que en su juventud empezó a trabajar en la antigua y original sede de esa institución: el magno extemplo de San Agustín, en las calles de Uruguay e Isabel la Católica en el Centro Histórico.

Su generosidad y desinterés por compartir lo que sabía son sin duda el rasgo fundamental de su persona, aquel por el que siempre lo recordaremos. Si bien para hacerlo tomó la pluma en pocas pero sustanciosas ocasiones, la verdadera trascendencia de su labor se virtió en realidad en el trabajo de cientos de investigadores que se beneficiaron de su saber, como lo muestran incontables testimonios de gratitud dedicados a su persona en prólogos, introducciones y notas al pie de página en libros, artículos y catálogos sobre la historia, el libro y las letras mexicanas. En una época en que no existían los catálogos electrónicos, nadie como él sabía del contenido y la ubicación de los incunables europeos y mexicanos, de las misceláneas de sermones y folletería de la Colección Lafragua, de los centenares de infolios manuscritos en latín y castellano, de los archivos y colecciones particulares incorporados a la Biblioteca Nacional.

A la pregunta de todo investigador que acudía a él, sin importar si era bisoño o experimentado, mexicano o extranjero, reconocido o modesto, contestaba siempre con una respuesta, un indicio o una pista invaluable; a veces con una anécdota que interrumpía cuando, ya incapaz de contenerse de entusiasmo, solicitaba a su interlocutor un momento para adentrarse en los anaqueles del acervo y regresar con un libro o manuscrito en las manos que iluminaba el pasado y resolvía sus enigmas.

El suyo fue un carácter que a lo largo de los años se conservó afable y jovial. Era un enorme placer escucharlo conversar animada y eruditamente en la improvisada tertulia con investigadores activos y retirados como el arquitecto Jorge Guerra y el licenciado Manuel Calvillo que animaba los cubículos del nuevo edificio del Fondo Reservado; o compartir con él las entretenidas y provechosas lecciones de latín que allí nos impartió Elvia Carreño con quien Liborio después colaboraría en proyectos impulsados por la doctora Stella González Cicero desde Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C.

Pero el amor de Liborio por los testimonios del pasado transcendía los muros de la biblioteca. Su afán por difundir las maravillas que custodiamos en la Biblioteca Nacional lo hizo participar en proyectos para digitalizar y poner en línea libros de las colecciones conocidas como Fondo de Origen y Fondo Mexicano, y los invaluable documentos del Archivo

Franciscano. A todos estos proyectos, y sin faltar a sus obligaciones ordinarias, Liborio les dedicó tiempo, energía y entrega sin reserva, al punto de poner en riesgo su propia salud. Al interior de ello estaba su convicción de que esos acervos, como patrimonio de la nación, no deben esconderse para el provecho de unos pocos privilegiados, sino colocarse al alcance de todos, como la mejor manera de garantizar el avance del conocimiento y preservarlos para las futuras generaciones. Por desgracia en México no todo el mundo entiende las cosas así, y ello le costó a Liborio sinsabores y tristezas de los que siempre supo reponerse para continuar participando en algunos de los más importantes proyectos de investigación histórica de los últimos años en México, como ha sido la reciente edición del manuscrito intitulado *Cantares mexicanos*, uno de los mayores tesoros de la poesía nahua de la época de la Conquista, que custodia la Biblioteca Nacional.

La última vez que vi a Liborio fue en 2012, cuando recibió, radiante y emocionado, el honroso reconocimiento que en el marco del XIV Premio Banamex Atanasio G. Saravia de Historia Regional Mexicana se le brindó en homenaje a su trayectoria en la salvaguarda del patrimonio bibliográfico y documental de México. Me quedo con esa imagen, con un sentimiento de gratitud infinita a su persona, acompañando respetuosamente a su familia y amigos en la dolorosa pérdida de un gran mexicano, un buen hombre y un sabio amante de los libros.



LUIS ÁVILA BLANCAS

Elvia Carreño

Promotor de la cultura,
el arte y la literatura

Difícil es escribir de alguien a quien se quiso, se admiró y me enseñó cosas nuevas sobre la importancia de la cultura mexicana y su legado tangible e intangible. Difícil es escribir sobre alguien que amó a su prójimo, se entregó a la palabra de Dios y luchó como pocos por un México mejor. Difícil es escribir poco de alguien que hizo mucho. Sin embargo, en estas líneas quiero recordar la labor incansable, la entrega y el ejemplo del padre Luis Ávila Blancas y Romero, quien el 29 de enero del 2015 partió al sueño sin regreso, pero es recordado como un destacado impulsor del arte y la cultura a nivel nacional.

El padre Luis Ávila Blancas nació en 1924 en la Ciudad de México, se ordenó como sacerdote en la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, estuvo en

San Miguel Allende, en Puebla y luego regresó a la capital. Quienes tuvimos la dicha de conocerlo lo recordamos como un hombre interesado en la historia, el arte y la arqueología nacional. A él se debe el rescate de invaluable piezas arqueológicas que atesoró y donó al Museo Regional de Querétaro. En este mismo estado, en el año 2011, se formó el llamado Museo Guadalupano, que engrosó su colección gracias a la valiosa donación que hizo el padre Ávila de 23 maquetas que contienen más de trescientas figuras en cera, realizadas por artesanos de Salamanca y de la Ciudad de México, que relatan diversos hechos históricos relacionados con la aparición de la Virgen en el Tepeyac.

El padre Ávila se desempeñó como canónigo de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, también fue sacristán mayor y su labor ahí es considerada importantísima, pues se preocupó por el registro del archivo histórico documental, rescató algunas obras que estaban abandonadas, como la imagen de una monumental Virgen de Guadalupe que ahora se venera en la Catedral y coadyuvó la catalogación, la descripción y la conservación de la colección de libros de coro de dicho recinto. Su impulso al desarrollo, la difusión y sobre todo al acceso a los acervos –documentales, bibliográficos y artísticos- fue ejemplo y ayuda para que sitios semejantes abrieran sus puertas, se preocuparan por su patrimonio y permitieran valorarlo. Como miembro de la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica encabezó las primeras reuniones para determinar la beatificación de Juan Diego. Al padre Ávila también se le debe la existencia y el conocimiento del manuscrito *Ávila Blancas*, que editó bajo el título *Gastronomía mexicana del siglo XVIII*, considerado el más completo e importante de su género.

Pero, seguramente, la obra cultural más importante que se le reconoce al padre Ávila Blancas es la que realizó en el templo de La Profesa, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Ahí, en 1970, clasificó la biblioteca y fundó la pinacoteca, que cuenta con una de las colecciones sacras más trascendentes del país, pues posee obras de autores como José Juárez, Juan Correa, Cristóbal de Villalpando y Miguel Cabrera; lugar al que, desde sus inicios, nunca le faltaron las visitas guiadas a todo el público durante los fines de semana, y que, cabe señalar, el mismo padre llevaba a cabo, siempre llenas de sabiduría, pasión y amor.

El recorrido cambió en el año 2006, cuando ADABI catalogó la biblioteca de La Profesa, en este proyecto no sólo se procesaron los libros antiguos, también se le dotó del equipo necesario para la consulta del catálogo, mientras que el padre Ávila, interesado por el buen aspecto de la biblioteca, mandó cambiar el piso y algunas mesas, y ahí, en ese espacio, en su mayor parte renovado, concluía el fantástico paseo que todos los visitantes disfrutaban con el arte, los libros y las sabias palabras del padre Ávila, aprendiendo sobre la grandeza de la cultura mexicana.

El padre Luis Ávila Blancas dejó una gran escuela para todos nosotros y a la vez un compromiso, porque él fue quien mantuvo y preservó las obras artísticas, los ornamentos históricos y la biblioteca que se tienen en La Profesa. Su labor, por tanto, reclama continuidad.

En el año 2008 el padre Ávila en una entrevista que ADABI le hizo comentó:

Las bibliotecas de los conventos de la Ciudad de México eran riquísimas, cada orden tenía la suya [...] y estos libros [...], son la base de nuestra cultura actual, que disfrutamos y que debemos encausar para el bien de todos.

Para él, nuestro más sentido reconocimiento y aprecio *in memoriam*.



DELIA PEZZAT ARZAVE

Georgina Mercado

Toda una vida de
dedicación, lucha
y entrega

La maestra Delia Pezzat se ha ido y ha dejado un inmenso hueco en nuestras vidas, pero no sin transmitirnos todo un gran ejemplo. ¡Qué difícil resulta plasmar en pocas líneas la historia de una gran mujer, pues no sólo fue grande en su desempeño profesional como maestra, sino también como madre, abuela, amiga y compañera!

La maestra Delia Pezzat Arzave nace en la Ciudad de México el 23 de mayo de 1922, y fallece el 26 de diciembre de 2014. Realizada su educación primaria, ve impedido su primer año de secundaria por conceptos equivocados de la época. Pero nunca abandona su pasión por la lectura; desde la edad de siete años, se escondía para leer los libros que su padre le proporcionaba, sin imaginar el resultado

que al paso del tiempo obtendría, adquiriendo así una enorme cultura. A los 38 años decide retornar a la escuela y, siendo abuela, ingresa a la secundaria y continúa sus estudios, con tan decidida voluntad que, de 1964 a 1967, cursa la Licenciatura en Historia de México en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), recibiendo con mención honorífica en 1982 con la tesis *Proyección histórica de la paleografía*. De 1994 a 1996, estudia una maestría en Historia de México dentro de la misma facultad.

En 1968 empieza a transmitir sus conocimientos impartiendo clases en educación media, descubriendo desde este momento su nueva pasión: la enseñanza, la cual perduró hasta el final de sus días, siempre preparando sus clases con el mismo entusiasmo y amor sin importar el nivel.

A causa de su gran curiosidad, descubrió la existencia de la paleografía y se interesó de tal forma que tomó clases de esta materia, con resultados verdaderamente notables. Así en 1974, fue propuesta por la UNAM, y bajo el patrocinio de la Organización de los Estados Americanos, para realizar un diplomado en Archivos, Bibliotecología, Paleografía y Diplomática, en la Universidad de Córdoba, Argentina.

A su regreso fue invitada a impartir cursos intensivos sobre paleografía y diplomática en el Colegio de Historia de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), convirtiéndose en la fundadora de la Cátedra de Paleografía y Diplomática, que quedó instituida como materia dentro del programa educativo.

Durante su vida, la maestra Delia experimentó a la vez muchas inquietudes que la condujeron a realizar no pocas actividades, todas de gran importancia; así por ejemplo realizó el Curso sobre Archivología, Técnicas y Aplicaciones del Microfilm y Orientación Audiovisual, el Curso Introductorio a la Lectura de Códices Mesoamericanos y Fuentes escritas en la Edad Media, entre tantos más.

A través de su trayectoria profesional, formó parte del equipo de investigación para el guión histórico del Museo “Lazaro Cárdenas” en Jiquilpan, Michoacán. También fungió como jefe de sección y analista en la galería número 6 de Real Hacienda del Archivo General de la Nación (AGN), con la identificación, ordenación y clasificación de documentos de los siglos XVI a XIX. Y años después realizó el diagnóstico y ordenación del Archivo Diocesano de la Catedral de Durango; posteriormente fue designada jefe de zona por el AGN para el rescate de los archivos municipales de Teziutlán, Puebla; y al paso del tiempo resultó subjefe del Archivo Histórico de la BUAP, para en 1993 ingresar al Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, donde llevó a cabo trabajos de investigación en la búsqueda de documentos sobre arte de los siglos XVI a XVIII.

Sin duda, una de las grandes preocupaciones de la maestra Delia, fue la falta de bibliografía que permitiera a los estudiantes entender los escritos y realizar la transcripción paleográfica de documentos novohispanos. Como consecuencia, se dio a la tarea de escribir

libros, manuales, catálogos y guías como la *Guía para la interpretación de vocablos en documentos novohispanos siglos XVI-XVIII*, editada por ADABI en 2009.

La maestra Delia recibió un gran número de reconocimientos, como una medalla y diploma por su labor docente en el Colegio de Historia de la FFyL de la UNAM, luego de 30 años de enseñanza; una placa de reconocimiento por su labor en la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía; un homenaje en la BUAP de “visitante distinguida” por el H. Ayuntamiento de la Ciudad de Puebla, por ser fundadora y la primer maestra en impartir cursos de paleografía y diplomática; y una medalla por su labor archivística y de recuperación documental, otorgada por Fomento Cultural Banamex.

El tiempo continuará su rumbo, incansable y constante, pero el recuerdo, la experiencia y el aroma de la filosófica, productiva y apasionada vida de Delia Pezzat seguirán palpitando en nuestro espíritu con bellos colores, gracias a la presencia perenne del paso de ella por este mundo.

Con su partida, una etapa gloriosa ha terminado, pero su recuerdo permanecerá por siempre entre nosotros; su influencia ha dejado una huella indeleble en nuestras vidas. Durante los 45 años de dedicación al trabajo que tanto amó y que formaba parte de su vida, entregó todos sus conocimientos hasta el final de sus días.

Delia Pezzat es y será recordada por todos aquellos que tuvimos la fortuna de conocerla en sus diferentes facetas, por el gran legado que nos dejó y la maravillosa experiencia de haber compartido su ejemplar vida con sus hijas, nietos, bisnietos, amigos, compañeros y estudiantes.



ESTELLA GALICIA DOMÍNGUEZ

Georgina Mercado

“Un libro no cambia
por el hecho de que
no cambia mientras
el mundo cambia”

Para una biblioteca ideal, como la Biblioteca Palafoxiana, un lector ideal: Estela Galicia Domínguez, con un perverso sentido del humor; generosa pero a la vez avara con los libros; inmortal al leer tantos documentos de hace siglos; politeísta pero dispuesta a adoptar una nueva fe, sin nacionalidad, “La Doctora”, como todos la conocíamos, dirigió la Palafoxiana, desde los años setenta hasta el 2013, como si ésta hubiera tenido un bíblico soplo de vida.

Egresada de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, y con doctorado en Literatura por la Universidad Nacional Autónoma de México, fue profesora de Redacción del español y de Literatura, las mismas cuatro décadas que estuvo a cargo del acervo Memoria

del Mundo. El placer de la lectura fue su vitamina diaria, sobre todo de la literatura del Siglo de Oro, y lo supo transmitir con paciencia casi maternal. Para ella, nunca se agotó “la geografía de un libro”, y adoptó la causa educativa y cultural de Juan de Palafox como propia.

La conocí en una etapa emblemática para la biblioteca, pues a raíz del sismo de 1999, en la ciudad de Puebla, ésta había sufrido serios daños. Aunado a ello, la iniciativa pública y la privada encabezada por ADABI, se dieron a la tarea, quijotesca, de catalogar la totalidad del acervo bibliográfico. La doctora, durante esos cinco años, estuvo más vigilante que nunca y, siempre omnipresente, nos llevó a buen puerto con el proyecto, tanto que la UNESCO reconoció en 2005 el invaluable acervo.

Se retiró porque la salud física ya no la dejó continuar en su adorada Palafoxiana, pero estuvo al tanto de ella, siempre. Al mismo tiempo, en sus pasillos y estantería dejó una huella indeleble. Gracias a su tenacidad en la conservación, cada libro que la compone le sobrevivirá otros mil años esperando a otros lectores que, como ella, encuentren “en un instante de extravagante felicidad” su propia autobiografía. Buen camino, Doctora: *Amor librorum nos unit*.



PEDRO ÁNGEL PALOU PÉREZ

Carmen Ortega

Un ícono de la cultura en Puebla

El profesor Palou, maestro, escritor, conferencista, cronista, investigador, historiador, pero sobre todo un gran “ser humano”, dejó huella en cada generación a su paso; las letras que forman textos en torno a su persona, se quedan pequeñas ante un grande como él, la agonía en mis ojos es inevitable al recordarle y no presenciarlo en los corredores de esta su casa, la “Casa de la Cultura Pedro Ángel Palou Pérez”. Fundador también del Instituto Cultural Poblano, siendo un clarísimo ejemplo del segundo pilar, la Cultura, sería un absurdo olvidar todo lo que realizó por el Teatro Principal, el más antiguo coliseo de América, por cumplir 259 años. Y por supuesto, la biblioteca Palafoxiana que tanto quiso.

Creo más de setenta bibliotecas en el estado, fue fundador del Consejo de la Crónica del estado y cómo no recordar

la publicación de sus más de 12 libros. Encausó la petición y el otorgamiento a Puebla como Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

Notable impulsor el programa del rescate de los archivos municipales, que ADABI inició desde 2004 en Puebla. El profesor Palou mencionaba en cada reunión con los cronistas que este programa era un hito en las actividades culturales.

La cohesión entre ADABI y el Consejo de la Crónica del Estado de Puebla, ha sido fundamental para los trabajos de investigación de los cronistas. Destacó el beneficio de los inventarios de documentos, pues los hallaron listos y ordenados para ser consultados. El Consejo de la Crónica realiza sus reuniones generales dos veces al año, y era instrucción de nuestro presidente que asistiera el personal de ADABI, de manera tal que dentro del programa establecido, tenían intervención para darnos a conocer lo que estaban realizando y asimismo los cronistas solicitaban el apoyo para que acudieran a sus comunidades para que en forma conjunta se beneficien con estas acciones.

En nombre de los integrantes de este Consejo agradecemos el apoyo brindado de ADABI, y les felicitamos por la excelente labor que coadyuva al rescate del patrimonio documental de nuestro estado.



MARGARITA PEÑA MUÑOZ

Candy Ornelas

Permanentes hallazgos

En 2019 hubiera cumplido 50 años de vida académica en la UNAM. Su inesperada y sentida muerte en octubre de 2018 impidió cerrar esa cifra mágica, no así la trascendencia que su paso por la academia, la investigación y la difusión de la literatura significó. La literatura mexicana debe mucho al trabajo incansable de Margarita Peña, enamorada de los archivos y bibliotecas. De sus pesquisas en estos lugares surgieron valiosísimas piezas que fueron llenando vacíos de la literatura mexicana.

Así, en 1980 dio a luz la edición moderna del manuscrito 2 973 de la Biblioteca Nacional de España, las *Flores de Baria Poesía*, obra con la cual se ha podido demostrar, a lo largo de años de estudio, la existencia de la poesía petrarquista de corte italianizante en Nueva España, obra fundamental para los estudiosos del tema.

Documentó a base de minuciosa y sostenida investigación, en archivos y bibliotecas mexicanos y del extranjero, la vida y obra de Juan Ruiz de Alarcón, de quien se convirtió en una de sus especialistas y biógrafas más fieles. Al respecto del dramaturgo novohispano publicó el estudio *Juan Ruiz de Alarcón en el espejo de la crítica: una bibliografía alarconiana*, (1992); los *Ensayos hispanoamericanos sobre Juan Ruiz de Alarcón...* (1999); *Juan Ruiz de Alarcón ante la crítica en las colecciones y en los acervos documentales*, (2000); y *Juan Ruiz de Alarcón, reconstrucción bibliográfica crítica*, (2000), entre otros textos, y diversas ponencias presentadas en congresos y encuentros especializados a lo largo del mundo.

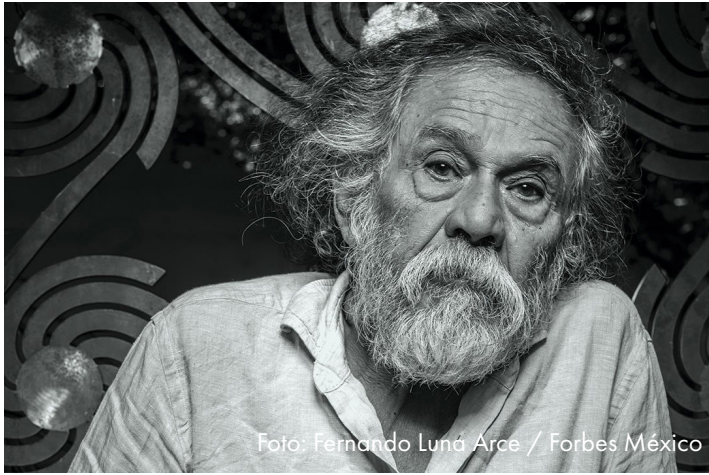
Sin embargo, los intereses de la doctora Peña fueron más allá de la literatura canónica. Además de especializarse en los ya mencionados autores y otros conocidos, como Miguel de Cervantes, sor Juana, Sigüenza y Góngora, y otros autores emblemáticos del Siglo de Oro y los siglos novohispanos, dedicó muchos de sus esfuerzos al rescate de obras que no suelen (o no solían) estar en los programas académicos de las universidades: literatura censurada por la Inquisición, acuñando el término de “literatura amordazada”; vidas de monjas novohispanas, escritos de mujeres marginales en el Virreinato, tales como embaucadoras, ilusas, hechiceras, brujas. Así mismo, se interesó por las crónicas de viajeros, expedicionarios y misioneros, desde aquellos que exploraron el Septentrión novohispano, hasta los hispanos mártires del Japón.

De ambas facetas: la de los estudios especializados en autores consagrados y el descubrimientos de autores poco conocidos, resultaron publicaciones como *Alegoría y auto sacramental*, (1975); *Historia de la literatura mexicana: periodo colonial* (1989); *La palabra amordazada* (1991); *Descubrimiento y conquista de América* (1992); *Literatura entre dos mundos* (1992); *Prodigios novohispanos: ensayos sobre la literatura de la Colonia* (2005); *Rehén de la fortuna: el cautiverio honroso y el cautiverio infamante en la obra de Miguel de Cervantes Saavedra* (2007); y *Desde la Nueva España: autores y textos siglos XVI-XVIII* (2017); entre otros muchos títulos que por razones de espacio nos es imposible citar en su totalidad.

Es evidente la especial predilección de la autora, investigadora y académica, por las obras de tinte hermético y temas místicos. Dedicó numerosos estudios, ensayos y seminarios al estudio de obras de adivinación, quiromancia, juegos de suertes y temas similares. Algunas de sus obras resultado de esta vertiente son *El Mofarandel de los oráculos de Apolo* (1986), edición de un manuscrito de la Colección Lafragua de Puebla; *El libro del juego de las suertes* (2002), que es una edición moderna y prologada de un manuscrito hallado en la Biblioteca Herzog August en Alemania; y el ensayo *Quiromancia y adivinación en Nueva España* (2004), donde analiza el manuscrito “El Taisnerio”, obra de quiromancia y fisonomía decomisada por el Santo Oficio; entre otras obras.

Por último, mencionaremos la faceta de creadora de Margarita Peña. Su obra propia va desde poesía, pasando por la crónica, el ensayo, la novela y el relato corto. De esta producción tenemos *Una de cal y otra de arena* (1968), colección de reseñas bibliográficas; *Vivir de nuevo* (1980), crónicas, ensayos y artículos periodístico; *De ida y vuelta* (1990), crónicas; *El canto de nunca acabar* (1993), poseía; *El masaje y otras historias de amor* (1998), cuentos; *La vampiresa de Dakota* (200) novela; *El amarre* (2011), novela; y *Éxtasis y reencuentros* (2013) novela.

En 2018 cesó la producción de Margarita Peña, no así los frutos que están todavía por producirse a partir de su obra, de sus hallazgos, de su creación, de las brechas que abrió para la investigación y el recate de las fuentes documentales literarias de México.



FRANCISCO TOLEDO

Juan Manuel Herrera

Defensor del patrimonio de Oaxaca

El Mtro. Francisco Toledo tenía una profunda conciencia histórica y una clara idea de la importancia y significado de los acervos documentales de Oaxaca como una parte sustancial del patrimonio del estado. Algunos de los proyectos en los que intervino dan testimonio de esa conciencia y de esas ideas: el Archivo del Estado de Oaxaca, el Archivo Municipal de la Ciudad de Oaxaca, los *Amigos de Archivos y Bibliotecas de Oaxaca* y la revista *Acervos*. Los verbos que siempre puso en circulación y, que de cierta forma resumen su compromiso, incluyen: hacer, proteger, publicar, difundir.

Recientemente, Paco Pepe, es decir, Francisco José Ruiz Cervantes, recordó en el suplemento dedicado a Toledo del *Boletín* de la Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca de qué manera dio inicio el proyecto de esa publicación central para

documentar numerosos temas de interés para la memoria de Oaxaca. En ese proyecto intervino, rememora Paco Pepe, la joven directora del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO), la Dra. María Isabel Grañén Porrúa.

Me tocó en suerte ser testigo de algunas de las iniciativas del Mtro. Toledo y participé en distinto grado en ellas.

De Acervos, recuerdo el día que llegó el número 1 a la oficina de la dirección del IAGO y la alegría de Toledo al recibirla, así como una emotiva sesión del consejo editorial de Acervos con Carlos Sánchez, Paco Pepe, Anselmo Arellanes y el propio maestro. Tuve el honor de presentar la publicación en el IAGO, y llamé “Buenos augurios” a mi charla, que se publicó en el segundo número de Acervos (septiembre-diciembre de 1996). En esa sesión también participó la Dra. Alejandra Moreno Toscano con “Una pasión, no una actividad”.

Del Archivo del Estado de Oaxaca, una idea de Toledo fue que ocupara el edificio de la Fábrica en San Agustín Etla. Esa iniciativa, que tuvo opiniones favorables en su día, no prosperó y por suerte, ya que con el tiempo ocuparía el gran proyecto que ahora conocemos como CaSa: Centro de las Artes de San Agustín; y ahora el estado de Oaxaca cuenta con un gran edificio de Archivo en las Canteras, del Arq. Ignacio Mendaro. En cualquier caso, el Mtro. Toledo tenía en mente esa combinación que le caracterizó: rescatar inmuebles y dotarlos de vida para la cultura, para la educación artística, para la lectura, para el estudio, para el disfrute intelectual.

Del Archivo Histórico Municipal, en el viejo hospicio de la ciudad, me tocó personalmente coordinar la organización de ese acervo que estaba en situación ruinoso, todavía en los primeros años 90. En ese proyecto nuevamente fue primordial el respaldo del Mtro. Toledo y de la Dra. Grañén Porrúa ante el gobierno del presidente municipal Pablo Arnaud. Recuerdo que en las visitas que hizo Toledo al archivo para conocer los avances en la organización, mostraba, aparte de su proverbial curiosidad, un permanente interés en incluir a los jóvenes en los programas de trabajo: tenía en mente siempre la idea formativa de involucrar algún motivo educativo como parte esencial de todo quehacer.

Pero la contribución del Mtro. Toledo en torno a los archivos es más vasta que estos ejemplos. Es su imaginación y el impulso que daba a cada tarea lo que no deja de maravillarnos, y por lo que su contribución es tan importante, tan memorable. Ocupado día con día en su obra y en sus proyectos culturales, en bibliotecas, museos e iniciativas tan ambiciosas como ProOax, todavía tenía tiempo y energía para pensar en la memoria y en los testimonios de la memoria: en los archivos.

Aquella noche en la que presentamos en el IAGO la revista *Acervos, Boletín de los Amigos de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca*, el maestro Toledo no estuvo en el *presidium*, tampoco ocupaba una silla en la primera fila, pero todos teníamos claro que aunque estaba atrás de pie, atento a lo que se decía, seguramente ya imaginaba nuevas formas de dar cauce a esa profunda conciencia histórica, y a los innumerables proyectos a favor de la memoria y los archivos y las bibliotecas de Oaxaca.



ELISA VARGASLUGO

Teresa Rojas Rabiela

1923-2020

La muerte es implacable y más tarde, más temprano, a todos toca. La Dra. Elisa Vargaslugo acaba de dejarnos, a los 97 años. Longeva como su madre, mantuvo su gallardía, elegancia, belleza y ácido humor hasta el final de sus días.

Mis hermanos y yo la conocimos desde niños porque fue amiga cercana de mis padres, Pedro Rojas y María Teresa Rabiela.

En los años 50 Pedro y Elisa fueron condiscípulos en el posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM, en cuyas aulas recibieron las enseñanzas de ilustres maestros como Francisco de la Maza, Edmundo O'Gorman y Justino Fernández. Elisa como Pedro se interesaron en el estudio del arte colonial mexicano, orientados por Francisco de la Maza, y con su guía recorrieron iglesias y conventos virreinales. Pedro iba siempre con María Teresa, su esposa, flamante médica cirujana. En aquellas convivencias se fraguaron amistades perdurables para toda la vida.

Una fotografía tomada en aquellas excursiones, nos adentra en ese ambiente. En el marco de un espectacular paisaje montañoso, posan un grupo formado por Carlos Bosch, esposo de Elisa, Edmundo O’Gorman, Elisa, María Teresa Rabiela, Justino Fernández, Clementina Díaz y de Ovando y Lucha Gorráez. La amistad de Elisa y Carlos con la familia Rojas Rabiela perduró por años, fueron continuos visitantes de nuestra casa, a comidas y fiestas.

Elisa obtuvo el grado de maestría en historia en 1963, con una tesis sobre el desarrollo del arte en México, y en 1972 el de doctorado, con una tesis sobre La iglesia de Santa Prisca de Taxco, luego convertida en libro, el más célebre de los que escribió, calificado con razón, como el estudio más amplio sobre una iglesia novohispana.

Y Santa Prisca, la extraordinaria joya artística colonial, se convirtió en eje de la carrera y afanes de Elisa. También se involucró en la defensa del tesoro artístico de México, dando muchas batallas desde la Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México, el ICOMOS y en otras actividades, como la catalogación del patrimonio de escultura virreinal, en Oaxaca, Ciudad de México e Hidalgo, entre otras.

Elisa, entregada maestra universitaria, formó a numerosas generaciones de historiadores del arte y restauradores, en especial en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, la Escuela de Restauración Manuel del Castillo Negrete y la FFyL.

Su obra publicada es excepcional por su calidad, originalidad y amplitud, producto de 60 años de dedicado y sistemático trabajo. El primero de sus libros fue *Las portadas religiosas de México*, (1969), seguido por otros muchos como autora, coautora o coordinadora además de artículos, capítulos y catálogos.

Elisa Vargaslugo fue una mujer que destacó desde muy joven como docente e investigadora de la historia del arte colonial, en un mundo prácticamente dominado por hombres. Fue una digna sucesora de los grandes intelectuales que ella reconocía como sus maestros, particularmente de la Maza, Fernández y O’Gorman.

Sus muchos méritos le valieron ser nombrada emérita de la UNAM, de la Academia Mexicana de la Historia, del Sistema Nacional de Investigadores, así como del Seminario de Cultura Mexicana. Fue reconocida con el Premio Nacional de Ciencias y Artes en 2006, entre otras numerosas distinciones.

Elisa y Carlos formaron una magnífica biblioteca en su hermosa casa estilo colonial, ubicada en San Jerónimo Lídice. Hace algunos años, el gobierno del estado de Michoacán la adquirió, con todo y libreros, por un precio simbólico. Tuvo su primera sede en el exconvento de Cuitzeo, para luego ser trasladada al Centro Cultural Clavijero, en el centro de la ciudad de Morelia, donde hoy se alberga.

Y qué decir del acompañamiento entusiasta y la asesoría de Elisa a las doctoras Stella María González Cicero y María Isabel Grañén Porrúa, fundadoras de Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C. (ADABI), Elisa reconoció siempre la labor de ambas historiadoras y de la Fundación Alfredo Harp Helú a favor de la restauración, preservación, catalogación y difusión de los archivos y bibliotecas mexicanos, animando sus acciones y disfrutando sus logros, con el transcurso de una amistad que unió a las tres ilustres historiadoras.

Siempre recordaremos a Elisa Vargaslugo, la amiga, maestra e investigadora.



JORGE GARIBAY ÁLVAREZ

Juan Manuel Herrera

1935-2020

Jorge Garibay Álvarez nació en marzo de 1935 en Michoacán. A veces tendía yo a pensar que, merced a su gran conocimiento de todas las regiones del país y a otras razones de peso que pueden explicarse y dibujan un mapa vital, podría haber nacido en la Ciudad de México, en Puebla o en Yucatán. Cuando vi de puño y letra la canción que le dedicó a *Ecuandureo*, la cuestión dejó de ser un misterio:

*Michoacán, engarzado
De pueblos tranquilos,
Que forman bellezas sin par.
Michoacán, en tu seno,
Y al pie de un cerro
Admiro mi pueblo, Ecuandureo.*

La composición con letra de Jorge Garibay, y música de Armando González D., deja a la vista uno de los aspectos que

mejor explican el gusto del maestro Garibay por la memoria, por las letras y no menos, por la música.

La referencia a su composición del terruño no es marginal. Jorge fue un hombre de letras “inspirado”. Bastaba conversar con él o escuchar una de sus conferencias o una de sus clases para darse una idea de lo que animaba su labor. Indudablemente cumplía con una *misión* y aunque esa era su naturaleza y le otorgaba una gran claridad por ser un hombre de fe —era salesiano—, sumaba otros ingredientes para lograr lo que a lo largo de muchos años fue su tarea esencial y, a un tiempo, su mayor logro: el cuidado de la memoria.

Estudioso de filosofía, teología e historia, no fue casual que el mundo de los archivos lo cautivara. Descubrió un terreno por naturaleza rico en referencias acerca de la Iglesia en la historia de México y de inmensa importancia documental acerca de las instituciones eclesásticas.

Es cierto que al llamarlo *Maestro*, no nos referimos sólo a un grado académico, sino al carácter de su vida. Enseñar con el ejemplo fue su primera e invariable lección. Una legión se benefició de sus enseñanzas y consejos. Siendo como era un hombre afable, sonriente y amistoso, tampoco debe uno confundirse. Su *bonhomía* se acompañaba de un talante exigente y en momentos riguroso, al punto de que algunos de sus discípulos no olvidan que podía repartir con alegría su enseñanza, pero cuando le parecía que no estaban cumpliendo sus tareas, no escaseaban los severos regaños ante los descuidos o la falta de atención.

Esa combinación fue muy afortunada pues todo mundo lo recuerda por su generoso magisterio, dotado de un amplio horizonte de conocimiento. No es asunto menor que a lo largo de varias décadas su empeño le permitió ser un eslabón con las instituciones eclesásticas. Obispos, cancilleres, presbíteros, superiores, monjas, fueron sus interlocutores privilegiados. En las jurisdicciones diocesanas y otras instancias religiosas se le recibía como autoridad y se recordará con aprecio la persistente labor en favor de la conservación de los acervos históricos de la Iglesia en México.

He tenido ocasión de asomarme a su archivo, ahora en curso de organización. Veo su caligrafía, su gusto por la tinta sepia, las correcciones en sus escritos y la abundancia de textos y publicaciones. Me llama profundamente la atención una serie de impresos que conocí en los primeros años de la década de 1980. Se trata de documentos pioneros para el arreglo de los archivos diocesanos y parroquiales. A nadie escapa la importancia de que haya logrado que el arzobispo Adalberto Almeida Merino, junto con diversos presbíteros y bajo su coordinación hayan redactado los *Lineamientos para la organización del Archivo Histórico Diocesano*, publicados por el Archivo General de la Nación (AGN) y el Registro Nacional de Archivos.

Su labor ininterrumpida como organizador, maestro y divulgador empezó desde que era muy joven y permaneció hasta el fin de sus días, lo vimos en reuniones zoom en plena pandemia. Resulta interesante que él mismo haya hecho un resumen temprano de

la labor en los años del agn: cientos de archivos rescatados, inventariados y con innumerables instrumentos de consulta publicados: "Por mi formación humanista tomé conciencia que en los documentos de estos archivos estaba presente, como Paulo VI lo dijo, el paso del Señor por el Mundo".

Esa conciencia hizo del trabajo de Jorge Garibay Álvarez una fuente de iniciativas para lograr que en las instituciones, las personas y los proyectos se inspiraran en una noción que rebasaba la aparentemente simple labor organizativa de acervos en todo el territorio nacional. El Dr. Carlos Marichal con una pincelada ha hecho un inmejorable retrato: "era una persona de una amabilidad exquisita, que complementaba sus afanes por elevar el patrimonio cultural a los cielos".

Me es imposible pensar en Jorge Garibay sin aludir a la Dra. Stella María González Cicero. Amigos entrañables, no sólo formaron una familia muy querida, sino que entre ambos han hecho una enorme contribución a la protección del patrimonio documental y bibliográfico de nuestro país. Creo que la Dra. María Isabel Grañén Porrúa, quien preside ADABI de México, ha hecho una síntesis inmejorable de ambos:

Alfredo Harp Helú y su servidora agradecemos a la vida que nos haya premiado al coincidir con Jorge Garibay, siempre optimista, alegre y hasta romántico. ¡Nomás contigo Stella! Solía decir en las noches bohemias.

Pensar en Jorge Garibay también es evocar a Stella González Cicero, su pilar, su compañera, recordarlos es reconocer su labor en los archivos de México; los sueños de esta formidable pareja han sido alojados desde su vocación social compartida: nacieron para rescatar la memoria de México.

Decía yo que Jorge era un hombre de letras inspirado. Muchos lo recordarán por saber a la letra todas las canciones y por escribir, a veces en una servilleta, un poema para aclarar las labores y dar sentido profundo al final del día.

Una curiosidad: en el futuro, un improbable erudito verá un libro llamado *Las Cantinas. Donde la palabra se humedece*, y acaso pensará "mira por dónde, un autor homónimo del maestro Garibay, aquel reconocido experto en archivos eclesiásticos".

El mejor homenaje que puede rendirse a Jorge Garibay Álvarez es continuar su labor en la conservación de los archivos: la memoria como patrimonio de México. ¡Todo sea por los archivos, querido maestro!

Obra escrita

En 2013 el maestro Jorge Garibay Álvarez recibió por parte del Archivo General de la Nación el Premio al Mérito Archivístico. En San Luis Potosí, una tarde de octubre de ese año, agradeció el premio parafraseando a José Alfredo Jiménez: "Si tuviera con qué, compraría para mí otros dos corazones, para seguir formando jóvenes y

continuar rescatando archivos..." Fue su corazón el que falló el pasado 29 de agosto. No, desafortunadamente no había conseguido un segundo corazón. Sin embargo, su deseo de seguir formando jóvenes que continuaran con el rescate de los archivos lo llevó a cumplir, gracias al amplio material teórico y práctico que dejó en su obra escrita.

Sin duda, los materiales de archivística eclesiástica son la obra más importante del maestro Garibay. Escribió entre 1979 y 2007 varios manuales para la organización de archivos parroquiales. La sucesión de estas publicaciones muestra un paulatino perfeccionamiento en la metodología y, sobre todo, la adecuación de la teoría al ámbito mexicano.

Escribió otros trabajos sobre archivística eclesiástica, donde abordó las particularidades de los fondos documentales de la Iglesia: Manual de un archivo eclesiástico, 1980; Lineamientos para la organización del archivo histórico diocesano, 1982; Manual de organización de archivos diocesanos, 2010; Manual de archivística eclesiástica, 1998 y Teoría y técnica para organizar los archivos de la Iglesia, 2010 (Estos dos últimos en colaboración con Ramón Aguilera Murguía); Vocabulario archivístico civil y eclesiástico, 2010 (en colaboración con Elisa Garzón); Los sínodos diocesanos y los archivos, 2011 (en colaboración con Jacobo Babines); además de múltiples artículos y ponencias, donde ahondó en las características de los fondos eclesiásticos, desde los parroquiales, pasando por los diocesanos, los archivos de cabildos, los de institutos de vida consagrada y la organización de documentos de las causas de canonización.

Esta obra evidencia al especialista en archivística eclesiástica que, no sólo dominó la teoría, sino que contaba con la experiencia de haber intervenido numerosos archivos de la Iglesia, sin olvidar los archivos municipales.

Los instrumentos de descripción archivística de su autoría, más aquellos que coordinó o asesoró, juntos sumarían cientos. Entre estos se incluyen el del Archivo Arzobispal de La Habana, Cuba, 2001, y los informes y asesorías para la organización del Fondo Episcopal de Puerto Rico, 1988. No podemos dejar de mencionar los instrumentos de descripción bibliográfica, sobre todo los materiales de la Biblioteca Palafoxiana de Puebla (Manuscritos de la Biblioteca Palafoxiana, inventario general, en colaboración con Jesús Joel Peña, 2004 y Catálogo de exposiciones temáticas de la Biblioteca Palafoxiana, 2006).

También escribió obras que han sido de gran ayuda para los investigadores. De estos títulos es notable la Guía de fuentes documentales parroquiales de México, 1996, trabajo que ofrece los pormenores de las demarcaciones eclesiásticas y sus fondos parroquiales históricos.

Otros temas que abordó en numerosos artículos fueron la economía eclesiástica "Fuentes para la historia económica en los fondos catedralicios", 1995; "Estructura administrativa de un obispado", 1990. De arte sacro y liturgia destacan "El simbolismo de la cera en la liturgia cristiana", 1992; "El rito de difuntos en la liturgia cristiana", 1993; "Liturgia y ritos católicos a los muertos", 1994; la heráldica religiosa, las bibliotecas de conventos e instituciones eclesiásticas, y la historia de los Salesianos en México (Presencia de los sa-

lesianos en la Ciudad de México: inicios 1892-1895, 1976; Rumbo para la historia de los cooperadores salesianos en México, 1989; Remembranzas del Oratorio don Bosco, 2010; además escribió cada mes durante más de 25 años un artículo sobre la obra salesiana en México, para el boletín de la provincia de México).

De su mano, sus discípulos emprendieron trabajos editoriales importantes, siempre al cuidado del maestro, pues su labor fue mas allá de escribir sus propios títulos, siempre motivó a sus colaboradores para animarles a escribir. Entre los temas de este material se encuentran los archivos municipales, los archivos de instituciones educativas, las asociaciones religiosas y el rescate de la historia regional a través de los documentos, creando en Adabi de México una serie editorial de Estudios históricos.

Dentro de la vasta obra escrita del maestro Garibay no faltan los temas civiles que nos sorprenden, como el poemario Una voz escrita a un amigo, 1982 y el libro Las cantinas: Donde la palabra se humedece, 1997.

Aunque el maestro Jorge Garibay no está ya con nosotros, con su obra seguirá transmitiendo su experiencia a las nuevas generaciones y su presencia permanecerá cada vez que alguien se interne en un archivo histórico mexicano para poner en práctica sus enseñanzas.